EL CANDIDATO

Con vanidad infantil, Guillermo Sandoval contempló su imagen que la luna del aparador copiaba por entero: esbelta, pulcra, de líneas rítmicas. Sabíase buen mozo y tenía sus momentos de inofensivo narcisismo, lo que no impedía que tuviese una clara inteligencia y que empezase a obtener éxitos en su carrera de abogado.

Y, sin embargo, a Guillermo Sandoval parecíale casi una absurda pretensión de su loca fantasía el pensar siquiera que, por espontáneo y unánime voto, había sido declarado candidato oficial del bando que desde tiempo inmemorial imponía y quitaba representantes en el distrito. ¿Qué sobresalientes méritos tenía él, con sus veinticinco años apenas vividos, frente a tanto prestigio local afianzado por largas y fecundas ejecutorias?... Con todo, era una realidad, palpable y magnífica, puesto que todavía olía la habitación al humo de tantos *coronas* fumados. Todavía parecía poder percibirse el amplio gesto, a la vez protector y amenazante, con que el bueno de su viejo colega, don Gonzalo, habíale disparado la absurda noticia:

—Nada, Guillermo. Nosotros, ante nosotros y por nosotros, hemos decidido escogerlo para que nos represente en los próximos comicios... Nosotros…

Y don Melitón, líder formidable merced a sus treinta años de médico en la provincia, había cogido al vuelo la frase completándola con su poderosa voz de bajo:

—Eso es, nosotros vemos en usted al que ostentará con gloria nuestra representación en el Salón de Mármol[37].

[37] Uno de los salones del antiguo Ayuntamiento de Intramuros en Manila que fue diseñado por el ingeniero militar Eduardo López Navarro y construido entre 1879 y 1884. Recibió este sobrenombre porque tenía varios salones con paredes cubiertas de mármol, techos de labradas maderas y lujosos muebles. El salón de sesiones lo usó la Primera Asamblea de Filipinas en 1907 y más tarde la Legislatura filipina. El departamento de Justicia y la Corte Suprema también tuvieron allí sus oficinas. El edificio fue bombardeado y completamente destruido en 1945. En el año 2013 finalizó su reconstrucción, que imita el original en su fachada y en parte de su interior.

Con don Gonzalo y don Melitón estaban las otras notabilidades locales, el farmacéutico, el maestro principal, un curandero pueblerino, lenguaraz y maldiciente, un señor de puñal y adarga, tipo superviviente de la andante caballería local, licencioso y camorrista, y otros que formaban la flor y nata de la caciquearía de *barrio*.

La voz meliflua del curandero había añadido, además:

—Los pobres estaremos de su lado... es usted generoso... lo conocemos... Sabemos que, aún en el poder se acordará usted de sus amigos...

Ya todo lo demás después de aquello, había parecido un sueño a Sandoval. Ni siquiera se acordaba de cómo les contestó. Acaso con la lengua trabada, puesto que aquella borrachera de gloria, más fuerte que la del vino, lo trastornaba por completo. Y había aceptado con entusiasmo, con cierta sensación de deslumbramiento en todo su cuerpo y en toda su alma, tal que si la visión del futuro le penetrase por todos los poros.

Se fumaron *coronas*, costeados naturalmente por él y se bebió copiosamente. Así, la habitación, en esta hora del recuento de gloriosos recuerdos, olía a humo y olía a vino. Resentíase un poco su estómago, aquel estómago que había sido siempre su martirio, pero, ¿qué importaba tan pequeño contratiempo? No es dable exigir que esté todo pavimentado de rosas el camino de la Gloria...

II

Y se lo comunicó a su Marieta del alma, la fiel compañera en todas sus luchas y en todos sus triunfos, bendita mujer que tenía por razón única de vida la loca adoración con que quería a su Imóng[38]. Su voz, al describir el cuadro del porvenir, tenía ese ligero temblor que imprime a la garganta la visión de inesperadas grandezas

—Verás... viviremos en Manila, en una casa mejor que ésta como

[38] Hipocorístico de Guillermo. El uso de apelativos y otras formas abreviadas es muy común en Filipinas.

compete a mi alta jerarquía. Nos haremos de un automóvil, y en los días en que no haya sesión, pasearemos por las avenidas de la capital nuestra dicha. Asistiremos a las grandes recepciones y de cuando en vez, daremos también las nuestras... Un político, ya sabes, tiene que conservar buenas amistades, crear buena impresión, agasajar a los mangoneadores de la situación... Luego...

—Y, ¿si sales vencido?

La interrupción, súbita e inesperada, cortó, de golpe el galope de la imaginación de Guillermo. ¿Vencido? Nunca había pensado en semejante contingencia. No se le escapaba que en toda lucha hay quien sale vencedor y hay quien sale vencido. Pero en su inmenso optimismo, Guillermo no era capaz de pensar en la amargura de una derrota. Así, con una sonrisa de seguridad, replicó:

— ¡Bah! ¡Imposible!... Con don Gonzalo, con todos esos líderes que tienen en el puño al electorado, ¿quién sale vencido?

Marieta abatió su frente. Era una crueldad volcar sobre la roja llama del entusiasmo de su marido la frialdad de una duda. Puesto que lo quería su ídolo, a seguir adelante. Ella estaría con él hasta el final, como siempre, como era su deber, ante Dios y ante los hombres...

Aunque, alma adentro, ella se sentía triste, con una infinita tristeza. ¡Aquella casita de amor, tan limpia y tan mona! ¡Aquel jardincito de sus cariños y de sus cuidados, con sus enormes rosas, con sus jarrones de extraños dibujos, con sus brotes de violetas y begonias! ¡Sólo Dios podía adivinar qué pies impiadosos profanarían la santidad de aquellos lugares, levantados por el Amor, cuando las exigencias de la lucha hiciesen necesarias toda condescendencia y toda transigencia!

III

Guillermo volvía de los mítines con la garganta dolorida y el cuerpo destrozado. No estaba hecho para aquellas correrías por los *barrios*, con sus caminos intransitables, a veces a pleno sol y a plena lluvia a veces. El

contacto de las masas, sucias, malolientes, a las que había que estrechar la mano y repartir sonrisas, ofendía sus gustos de hombre pulcro. En los principios, habíalo cautivado la novedad de todo aquello, y cuando, al color de prolongados aplausos, se levantaba para dirigir la palabra a las muchedumbres, tenía transportes de tribuno. Pero después, a fuerza de repetir las mismas ideas y los mismos conceptos y casi las mismas expresiones, llegó a pensar que no hacía más que recitar lecciones aprendidas, tal que en sus días de estudiante.

—Yo me presento, señores, siguiendo la voz del deber que me llama a la lucha. Conozco que no tengo aptitudes para sobrellevar las responsabilidades que entraña el cargo, pero rehuir el mandato del pueblo es una cobardía moral...

Lo decía sin convicción, con ese tono monótono con que se repiten todos los días las oraciones de costumbre. Aparte de que, ¿en qué otra forma iba a hablar a aquella gente? La primera vez que trató de explayarse en un programa de nuevas ideas de gobierno, notó que se iban marchando por grupos los oyentes. Sus mismos compañeros le decían...

—Está bien eso, don Guillermo... pero, ¿qué quiere usted que le digamos?... Esos ignorantes quieren frases, pirotecnia deslumbrante, aunque no las comprendan. Hable usted de sus derechos, de sus vejaciones, de sus miserias...

Otros, más intransigentes, más duchos en la crueldad de las campañas políticas, añadían:

—Y tocando un poco al contrincante. Tendrá sus defectos, sus vicios..Náuseas le causaba a Guillermo todo aquello. Su adversario, una persona respetable, perfectamente inofensiva, y que no le había hecho ningún mal, se merecía, sino otra cosa, consideración siquiera por sus canas. De ahí que él protestara:

—No, no, no… Hay que llevar la lucha al terreno de las ideas. Nada de personalismos, nada de calumnias...

Pero en su interior, Guillermo empezaba a dudar, con cierta rabia contra la lógica de las cosas. ¡Pensar que un cualquiera, sin letras y sin

instrucción, salía más aplaudido que él en aquellos mítines, con cuatro frases mal hilvanadas sobre supuestos derechos pisoteados y tiranos sin entrañas!

Y así, un día y otro día, siempre ocupado en sus mítines, siempre zarandeado por sus electores. Se dormía entre personas extrañas y despertaba rodeado de personas extrañas que venían con las más raras exigencias:

—Señor, mi hijo está enfermo, y no tenemos dinero para pagar al médico...

—Señor, mi hermano se ha enzarzado en una riña y lo van a meter en la cárcel...

—Señor, llevo tres años sin pagar mi cédula personal...

Y ¡la pobre casita de sus amores! Ya la infeliz Marieta no podía con su cuerpo, en aquel continuo ajetreo, y quedaba abandonado aquel suelo antes tan lustroso como un cristal. Pero el desfile de personas duraba todo el día y cada cual dejaba, como un recuerdo, alguna suciedad, al abandonar la casa. Salivazos rojos de *buyo*, cáscaras de plátano, manchas de eructos. Nada se libraba de aquella avalancha de porquería. Se ennegrecían las paredes, los muebles, los pasamanos, las ventanas, los marcos de las puertas. Y ¡el jardincito de sus cariños y cuidados! ¡Sin rosas, con los troncos de sus plantas tronchados, con los jarrones de extraños dibujos hechos añicos! Alguna vez, Guillermo sorprendía en los ojos de su mujer lágrimas furtivas. Algo en ella parecía decirle:

—¿Ves, Guillermo?

Y el mudo reproche se le clavaba en el alma, como un sutil venablo de acero. Verdad es que Marieta pretendía disimular sus penas y disgustos, hasta hacía esfuerzos por alimentar el fuego de su entusiasmo cuando venía de sus correrías vencido de fatiga, pero, en sus ojos... ¡qué oculta tragedia tal que si dijesen que la pobre esposa quedaba abandonada días enteros, que pasaba temblando de terror la soledad de aquellas noches de lluvias y de truenos!...

Para consolarla, hablaba de sus perspectivas de triunfo.

—La victoria es segura, Marieta. Ya hemos recorrido todo el distrito y mi candidatura es recibida en todas partes con entusiasmo. Ven en mí a la nueva generación, repleta de ideas modernas, llamada a desempeñar el papel de Mesías en el país. Hasta las masas van comprendiendo la necesidad de inocular en el organismo gubernamental nueva sangre, savia nueva...

Y en estas intimidades de marido a mujer, se les prendía el entusiasmo y renacía la fe en los dos, rosada como una aurora, y los dos se ponían a soñar:

—Bailes, recepciones, casa fastuosa, automóviles, paseos por las avenidas de la capital, discursos maravillosos en el Salón de Mármol, para orgullo y ejemplo de los constituyentes...

IV

A dos semanas de las elecciones, bullía el pueblo, tal que si estuviese de fiesta. Se poblaban las esquinas de grupos de hombres que discutían las probabilidades de triunfo; se cerraban tarde las tiendas, y en las boticas las tertulias se hacían más animadas. Cruzaban las calles multicolores cartelones y se destacaba sobre las paredes de las casas, en una algarabía de colores, infinidad de pasquines.

Y pícaros y oportunistas hacían su agosto. ¿No se repartían gratuitamente los tabacos y los tragos y se daba comida a todas horas en las casas de los candidatos? Pues a comer y beber y fumar de lo mejor…

Y el pobre Guillermo, hecho un mar de sonrisas, tendía la mano a la chusma que invadía su casa en busca de alimento a su estómago y a sus vicios. Por el viejo comedor desfilaban diariamente incontables personas venidas de no sabía él dónde y que luego se marchaban, sin siquiera dar las gracias, a sólo Dios sabía dónde.

Y entretanto, el dinero se escapaba a chorros. Ya varias veces se le había acercado Marieta, quejándose de falta de fondos. Debían haber

fallado los cálculos puesto que todos los ahorros se habían ya agotado, y estaban todavía en lo más culminante de la lucha.

—Pero ¿y las contribuciones? —inquiría Guillermo.

Marieta se quedaba mirándolo, extrañada.

—¿Qué contribuciones?

—Toma... don Melitón, don Gonzalo, todos esos que me han lanzado...

Nada, no llegaba nada. Don Melitón creía dar bastante con lo que pagaba de su propio peculio a los vehículos en sus correrías; don Gonzalo decía no estar dispuesto a invertir más caudal propio en el bien de otro.

—Pero, ¿qué haremos, qué haremos, Marieta?

Imposible retroceder. El honor estaba comprometido y una retirada en aquellas circunstancias significaba su muerte política. Fue, pues, preciso ir tomando dinero a préstamo y pagar intereses escandalosamente usurarios, y cuando ya no quedaba en el pueblo ningún prestamista, se echó mano de las alhajas, de los terrenos, viejas herencias que se habían ido transmitiendo de generación en generación como un sagrado legado de padres a hijos...

¡Ya apenas batía sus alas de oro la visión de futuras grandezas! ...

V

En la misma víspera de las elecciones, le entregaron a Guillermo un impreso indecente, asquerosamente libeloso[39]. No se atrevió a enseñárselo a su mujer, por no añadir a las torturas de la pobre sufrida la tortura de la maledicencia, y en su despacho; frente a sus líderes más conspicuos, lo leyó sintiendo cómo se le clavaban una a una las palabras.

—"Ese bisoño de Guillermo Sandoval aspira a ser Representante,

[39] Adjetivo formado a partir del sustantivo *libelo* del latín *libellu*. Este adjetivo no está recogido en el *DRAE*. Su uso era habitual en el español de Filipinas. Fue introducido en las lenguas filipinas como el tagalo y el visaya para designar lo que tiene las cualidades propias de un libelo, es decir, lo que se considera denigrante o infamatorio.

como si la Cámara tuviese necesidad de biberones. ¿Por qué no pide a su mamá la luna? No sabemos cómo espera triunfar a menos que apele a lo que hizo cuando se sometió a los exámenes para abogado: la trampa; el engaño; el soborno"…

Le interrumpió, don Melitón, rojo de ira:

—¿Ha visto usted, Guillermo, ha visto usted? Yo ya se lo decía: nada de escrúpulos con esa gente, nada de floretes con personas que se merecen garrotes de encrucijada. Y ¡usted quería llevar la lucha al terreno de las ideas!...

Guillermo tuvo un acceso de furor.

—Con que, eso ¿eh? Pues ya verán lo que hago...

Fue preciso que don Melitón hiciese prevalecer toda la autoridad de sus canas. ¿Qué iba a hacer? Segurísima la derrota en cuanto sus adversarios propalasen la noticia de que apelaba a la violencia para conseguir su triunfo.

—Esta noche tiene tiempo para defenderse, Guillermo —lo consoló don Gonzalo—. Habrá un mitin general en la plaza y el que quiera, tiene a su disposición diez minutos para hablar.

En efecto, se había levantado frente a la iglesia, en una amplia plaza empedrada, con cabida para miles de personas, una improvisada tribuna donde a la hora del atardecer se iba a dar inicio a los discursos.

Guillermo se preparó. Era la batalla definitiva, de la que acaso dependía el éxito de la lucha. El pueblo, por el número de sus electores, dominaba todo el distrito, y era cosa admitida que quien se llevase la mayoría en él tenía la victoria asegurada. Aparte de eso, se decía que concurrirían al mitin conspicuos líderes de otros pueblos. Pero en aquellos momentos ya no pensaba Guillermo en su triunfo, en la gloria de un asiento en la Cámara de Representantes. Lo que tenía grabado en su mente, como con hierro candente, era que pluma anónima había pretendido mancillar su honor con lodo. Urgía defenderlo a toda costa, demostrar a aquella gente que no se le podía ofender impunemente.

Al toque del Ángelus, varios amigos suyos lo acompañaron al lugar. Una multitud, ávida de emociones y de librarse de la monotonía de sus respectivos hogares, se había congregado en la plaza, y lanzaba al aire de cuando en cuando gritos ensordecedores. Apenas encontraron sitio, desde donde poder oír bien los discursos. Se asfixiaban de calor y tenían que taparse las narices, para huir del olor nauseabundo de vecinos recién llegados de talar los campos, bañados en sudor. Un joven, conocido por sus fechorías en el pueblo, tenía la palabra y hablaba de tiranías:

—No hemos de ser esclavos para siempre de los mandones que se han hecho millonarios en el poder...

Aplaudía la muchedumbre, entusiasmada. El orador prometía una nueva era de abundancia y de riqueza en cuanto fuesen derrocados los actuales gobernantes y entonces ya no habría ni ricos ni pobres. La fortuna sonreiría a todos por igual. Guillermo, impaciente, apenas prestaba atención a lo que decían. Frases de costumbre, los mismos gestos de todos los mítines. Las mismas personas aplaudiendo a los mismos oradores por las mismas ideas. No valía la pena. Ya habían desfilado tres oradores y le dijeron que seguiría al que hablaba. Así Guillermo, empezó a hilvanar en su interior las palabras con que iba a empezar su discurso. De pronto, se irguió atento. Un hombre, con cara de asesino, arengaba a la multitud:

—No os pido que votéis por nadie. Pero eso sí, os pido que no os mancilléis, votando por personas que debieran estar pudriéndose en la cárcel, en vez de andar sueltas por esas calles de Dios.

Por el cuerpo de Guillermo serpenteó una corriente de escalofrío. ¿Lo aludían a él? Aquellas palabras, el libelo de aquella mañana, ¿no guardaban extraña uniformidad de tono y significado?

—Jóvenes imberbes —continuó el orador— que debieran estar aún mamando...

No le cabía la menor duda. Era el aludido. Pero ¿qué importaba a aquella gente su edad? ¿No llevaba probado, con lo que con sus veinticinco años tenía hecho, que la edad no obstaba al desarrollo del

talento y de la inteligencia? Y ¿de qué crímenes hablaría el hombre?

Pero el golpe final, inesperado, que lo hizo saltar de su asiento, como un león herido, fue el siguiente párrafo:

—Jóvenes que debieran estar recogidos en sus propias casas, en tertulia de amor con sus esposas, para que no den lugar a que a espaldas suyas, otro...

Quedó tan aturdido que casi no comprendió lo que implicaba la injuria. ¿Qué pretendían? Pero de pronto se hizo luz en su mente. ¡Marieta! ¡También la pobre, la santa Marieta de sus amores, enfangada en aquella lucha sin entrañas! ¡También ella que no había hecho ningún mal a nadie, la mejor y más santa de todas las mujeres, bendita compañera que había sido su pan espiritual en su hambre de gloria y de conquistas! Pero aquello no podía ser, puesto que ya habían llegado a lo más sagrado de su alma. Y ocurrió. Saltó, sin darse cuenta siquiera de cómo iba a salvar la distancia que lo separaba del infame y clavó sus uñas, sus manos, todo su cuerpo hecho garras, en el miserable calumniador a quien sentía debajo de sí, como un montón de guiñapos, como una víbora a la que había que arrancar la vida para que no volviese a emponzoñar con su veneno a las personas santas...

¿Qué le importaba el triunfo, qué le importaban todas las grandezas humanas? Por encima de toda gloria y de todo honor, estaba Marieta, la divina Marieta de sus amores.

Por la mente de Guillermo pasó, en rápida visión, el cuadro de su vida pasada: una casita limpia y mona, con muchos besos y con mucho sol y un jardincito con enormes rosas, con jarrones de extraños dibujos, con brotes de violetas y begonias…

VI

Cuando después del recuento final de votos, le comunicaron a Guillermo la noticia de su derrota, sólo se encogió de hombros. Ya lo esperaba él, después de la escena de la tarde aquella, y lo esperaba con

cierta ansiedad como si de ello dependiese su total liberación de un peso enorme.

—¡Magnífico! —todavía comentó ante Marieta—, ¡así podremos volver a la tranquilidad de nuestra antigua vida!